

## Conexión

A lo lejos comienzo a escuchar una canción en la radio. La luz del día entra por mi ventana, directo en mis ojos, no puedo mantenerlos cerrados un minuto más. Una vez más no pude dormir. Me incorporo lentamente para recostar mi espalda en la pila de almohadas que he hecho pegadas a la pared. Puse música antes de dormir para relajarme y disminuir el dolor que emerge desde el interior de mi vientre y que pasa directo a mi espalda, cerca de los riñones. Durante mi viaje a Europa estaba seguro de que había sido la falta de agua. Hoy, después de 6 meses, aún no sé qué es. Sólo sé que duele y me impide dormir. Un dolor que varios doctores han tratado como colitis, pero su tratamiento y diagnóstico han sido bastante errados, ya que el dolor desaparece por días y regresa por semanas.

Bajo un pie de la cama, el otro lo acompaña, mis manos frotan mi cara y mecen mi cabello tratando de despertar y calmar mi ansiedad. Una nueva cita en el hospital, esta vez, un ultrasonido. *“Espero por fin le atinen”*.

Al llegar al hospital, un doctor de cabello blanco y de espalda ancha me pide recostarme y bajar mis pantalones a la altura de las rodillas. Me da pena un segundo, al otro olvido el pudor y hago lo que el médico me indica. Sólo quiero volver a dormir más de tres horas. El doctor mueve de un lado a otro lo que parece una especie de palanca, recubierta con un gel especial, alrededor de mis genitales. Ha notado algo extraño en ellos que yo veía normal.

“¿Vienes solo?”, preguntaba el doctor. “Mi papá viene conmigo”, respondía yo. Y antes de que pudiera decir algo más, el doctor le solicitó a su asistente llamar a mi padre. “¿O ya eres mayor de edad?”, preguntaba mientras mi padre estaba atravesando la puerta.

- Señor, su hijo tiene un tumor en el testículo derecho, y por las células, parece cáncer.
- ¿Es metástasis?, preguntaba mi padre girando el cuello y con una expresión totalmente desencajada que no había visto antes.
- Eso lo tendrán que revisar con el oncólogo, contestaba el doctor.

De regreso a casa mi padre no dejaba de repetir “todo va a salir bien hijo, no te preocupes”, y yo sólo contestaba “lo sé” ... *“se va a arreglar rápido, a lo mejor ni es tan grave”* ...

Abro la puerta de mi casa y mi mamá me espera sentada en el sillón individual de la sala, baja el volumen del televisor para preguntarme cómo me ha ido. *“No se cómo decirlo”*, pensé. “Tengo un tumor y al parecer es cáncer, mamá”, al fin dije, un poco tembloroso y aún impactado. Mi mamá sólo se limita a contestar “seguro están mal, ni has de tener nada. Hay que pedir una segunda opinión”. La cita con el oncólogo es la siguiente semana y muy probablemente requiera la extirpación del testículo. “Pero todo bien mamá, aun podrás tener nietos”, contestaba lleno de optimismo. Ella sólo se levantó del sillón y se alejó sin decir palabra o hacer gesto.

No fue la primer cirugía en mi vida, pero he de decir que fue menos molesta que la anterior, al menos esta vez, puedo caminar. Ya ha pasado una semana, mi mamá me ha cuidado bien y me ha ayudado a mantener aquella herida de 8 puntos en perfectas condiciones. Parece que lo peor ha pasado...

Un par de días después de retirados los puntos, mi papá sube a mi cuarto mientras yo leo una revista de carros y una de esas que son para emprender negocios. Mi padre, muy serio, me mira fijamente y le pide a mi mamá que también entre al cuarto. El tumor había sido maligno y requería de quimioterapia cuanto antes. “¡Hay que pedir otra opinión!”, gritaba mi madre. “¿Cómo lo vamos a pagar?”, decía mi padre. Mi hermano en silencio...

En la noche, acostado en la cama, por fin podía dormir sin dolor, pero los pensamientos surtían el mismo efecto. Entre tantas nubes dentro de mi cabeza, recordaba a mi amiga Ilse, quien era ya una leyenda entre nosotros por haber vencido a la leucemia. “*Quién pensaría que 4 años después estaría tomando mi teléfono lleno de pena, preguntándole qué se sentía y qué me recomendaba*”. Mis mensajes escritos con dedos temblorosos e ideas bastante dubitativas estuvieron a punto de no salir. Sólo pensaba que ya había sufrido mucho y seguramente no sería un recuerdo que ella atesoraría ni le gustaría revivir.

La respuesta fue concisa: “Hola Chuchin, sí, estuve 9 meses en quimioterapia, ambulatoria e internada. En el seguro la gente te va a deprimir, a mí desde que llegué, me raparon la cabeza y me dijeron que me preparara para lo peor. Hay distintos tipos de quimioterapias y hasta de colores. A mí solo me hicieron vomitar y como viste, se me calló mi cabellito. Por cierto, ¿cuándo puedo ir a verte? Podemos platicar de eso si lo necesitas”.

Después de que Ilse y yo pasáramos horas platicando en la sala de mi casa, quedé asombrado por la forma en que ella describía la enfermedad y cómo lo había superado. Me dio los ánimos que necesitaba para no perder la realidad y sobre todo tomar una decisión.

Resultó bastante confuso para mí eso de los esquemas de quimioterapia, 4 sesiones, 4 semanas, 4 esquemas, no entendía nada.

Primera sesión: No pasa nada.

Segunda sesión: Perdí la conciencia por unos segundos, pero estoy bien.

Tercera sesión: ¡Mi cabello! ¡Mi cabello! Todo menos mi cabello...

Cuarta sesión: Estoy más flaco, no cicatrizo, no me crecen uñas y tampoco mi amado cabello... Y ¡por Dios! ¡Qué hambre tengo!

*“Sólo faltan 3 esquemas más. Podré platicarle a Ilse que por fin he terminado”...*

Fueron semanas bastante complicadas, en las cuales estuve lidiando con síntomas de las quimioterapias y literalmente drogando a mi madre con la medicina que la psiquiatra le había recetado, tras entrar en una especie de crisis. Terminó el maldito 2018...

Tomo mi teléfono para revisar si han llegado por correo mis análisis de seguimiento. Ya se encuentran ahí. “¿Qué? ¿Otra vez altos? ¿Nada sirvió? ¿Ahora dónde?”. No siento nada.

Tras un par de meses de nuevos chequeos, ¡sorpresa! Cáncer ahora en el pulmón. ¿A qué estamos jugando?

Tras el momento de euforia y enojo con lo que sea que yo pensara que no era justo, una vez más, las palabras de Ilse me dieron calma. Tanta seguridad me dio, que recordé que sólo era un procedimiento más, ya lo conocía, sabía lo que me pasaría y estaba dispuesto a afrontarlo de la mejor manera.

Ilse dijo que 9 meses, yo ya había llegado a los 8 en quimioterapias... y vaya que me esforcé, pero cada que quería tirar la toalla la recordaba a ella, recordaba lo mal que se había puesto mi mamá, lo preocupado que estaba mi papá la primera vez, y pensaba *“si lo hago ver fácil, entonces pensarán que no hay problema, que no hay dolor, sólo un chico de 29 años con un apetito brutal, bochornos, calvo, sin cejas, delgado”*. Pero que con todo y eso, había viajado por Estados Unidos como lo había planeado a principios del 2019, pero sin Ilse. Al tener un nuevo pretendiente, los planes cambiaron. *“Ya habrá más tiempo”*, pensábamos...

Cerrando el 2019, en octubre, visitaba a Ilse, quien por cierto vivía muy cerca de mi casa, para entregarle lo que le había traído de EU junto con la promesa de regresar.

Qué sorpresas nos tenía la vida. Para noviembre, justo después de mi cumpleaños, yo había recibido la noticia de que aún tenía un tumor en el pulmón y debía ser operado para evitar metástasis. Ilse, sí, mi estandarte, había tenido una recaída, la cual al parecer había comenzado con una bolita en su seno, ante un mar de dudas que ella jamás reflejó, ante el miedo de volver a aquellas incómodas sillas, atado a una aguja que nos proveía de un líquido que no hacía más que destruirnos internamente, mientras paradójicamente nos curaba, titubeaba en cómo tratarse, permitiendo que la leucemia avanzara cada vez más.

Esta vez quise ser yo el que la llenara de fuerza, el que la inspirara, le diera la tranquilidad y la calma que ella me había hecho sentir. Tras nuestras pláticas, accedió a tratarse con las quimioterapias que tanto odiaba, a pesar de lo frágil que era, y que, a diferencia de mi organismo, el de ella no las toleraba nada bien. Aunque ella quisiera aparentar que sí. Acudí a verla mientras me fue posible, una vez incluso le ayudé a cortar su carne. Entendía perfecto lo complicado que es comer con los utensilios de plástico y con una aguja en tu mano. El día antes de internarme para mi operación de pulmón, les pedí a mis papás que por favor fuéramos muy temprano a verla. Para mi sorpresa, se veía mejor, a pesar de la trombosis que había sufrido y que le había inmovilizado el brazo y pierna izquierda. Resistí cuanto pude, y ambos nos reímos al decirnos: *“El que salga primero tendrá que ir a visitar al otro”*.

Aún en la cama de aquel hospital en el centro de la Ciudad de México, de paredes rosadas y cobijas verdes clásicas del Seguro Social, con oxígeno y una manguera en medio de mis costillas, en cuanto recobré conciencia, quería saber cómo seguía ella.

La promesa se cumplió, e increíblemente, Ilse, con un bastón, un gorro que cubría su falta de cabello, un suéter, chamarra y bufanda, estaba afuera de mi casa, diciendo: *“Bueno, parece que yo gané. Yo, que hablaba bastante despacio porque aún se me iba el aire y que no dejaba de sobarme las costillas, la ayudé a pasar y sentarse en mi sofá para platicar mientras comíamos unos esquites que ella traía colgando en una bolsa de cartón.*

Este fue irónicamente el último momento que nos vimos en condiciones *“óptimas”*.

Desafortunadamente, ella sólo comenzó a empeorar y yo continuaba yendo a visitarla. Ayudaba a su mamá a que ella comiera y le decía que debía tomar todas sus medicinas y comer todo lo que su mamá había preparado para que se recuperara. No me importaba si yo me contagiaba de algo, sólo quería ayudarla, quería salvarla...

Cada vez pude verla menos, ella ya no quiso que la viera en un estado físico en el que no se sentía cómoda. La última vez que la vi, tenía sus blancas y delgadas piernas llenas de moretones, hablaba lento, traía unos lentes porque ya no podía enfocar mucho. Yo le dije lo bonita que se veía con los lentes y ella sonrió.

Fue la última vez que la vi sonreír...Y la última vez que la vi...

